



UN BANCO ENGAÑADO

Bebía sólo ajenjo; hablaba rudamente,
era en comprar constante, pero en pagar infiel;
corriendo su caballo atropellaba gente
y siempre que ganaba se murmuraba de él.
Entre tontuna y vicios el bien ejecutaba;
paciente y generoso, sin tasa le sembró,
y cuando las más nobles acciones realizaba,
ansioso de ocultarlas hasta el mentir llegó!

(En el comedor del Círculo.)

Si Reggie Burke estuviera ahora en la India, le molestaría que este cuento se publicara; pero como se halla en Hong-Kong y no le leerá, se salva el cuento.

Reggie Burke, engañó del modo más tremendo al Banco de Sind y Sialkote, siendo director de una sucursal en la parte montañosa del país. Era hombre muy práctico; de gran experiencia en los empréstitos y en las operaciones de seguros, y que podía combinar

las frivolidades de la vida ordinaria con el trabajo, haciéndolo todo bien.

Montaba admirablemente, bailaba con la misma limpieza que montaba, y era indispensable para toda clase de diversiones en el pueblo.

Como él mismo decía y muchos observaban sorprendidos, había dos Burkes en él y los dos muy dispuestos á serviros. Desde las cuatro á las diez Reggie Burke propicio para todo género de fiestas, y desde las diez á las cuatro Mr. Reggie Burke director de la sucursal del Banco de Sind y Sialkote.

Podía usted jugar al polo con él por la tarde oyendo su opinión respecto á cualquiera de los otros jugadores, y á la mañana siguiente ir á verle para levantar un empréstito de 2.000 rupias ó comprar una póliza de seguros de 500 libras con prima de ochenta. Él le reconocería á usted, pero sería muy difícil que usted le reconociera.

Los jefes del Banco, cuya central estaba en Calcuta y cuyo director general tenía gran influencia con el Gobierno, escogían bien á sus hombres.

Habían probado á Reggie con ocasión de

una quiebra muy grave, y desde entonces confiaron en él como pocos directores confían en sus empleados.

Ya veremos si esta confianza fué inmerecida.

La sucursal de Reggie estaba en un pueblo grande y funcionaba con el ordinario cuadro de personal: un director, un contador,—ambos ingleses—un cajero, una banda de escribientes indígenas y un cuerpo de policía encargado de vigilar por las noches en los alrededores del edificio.

Como se hallaban en un distrito muy floreciente, lo principal del trabajo consistía en préstamos y contratos de todas clases, para los cuales, un hombre poco inteligente no sirve, y si, teniendo mucha inteligencia, no vive entre sus clientes y conoce poco los asuntos de éstos, es aún más inútil que un tonto.

Reggie era hombre de aspecto juvenil; correctamente afeitado, con ojos brillantes y con cabeza tan sólida que no lograba turbarla un galón de vino de madera.

Cierto día, en un gran banquete, anunció que le habían enviado de Inglaterra una ver-

dadera curiosidad de la especie de contadores; y tenía completa razón.

Mr. Silas Riley, el contador, era en efecto, un animal curiosísimo. Del condado de York; alto, seco, torpe y lleno de esa salvaje vanidad que únicamente florece en el mejor condado de Inglaterra. Arrogancia es una palabra muy suave para definir la mental actitud de Mr. Riley.

Se había elevado por propio esfuerzo, después de siete años de trabajo, hasta la posición de cajero de un banco de Huddersfield, y toda su experiencia se desarrolló entre las factorías del Norte.

Tal vez le hubiera ido mejor por la parte de Bombay, donde son felices con un medio por ciento de beneficios y donde la moneda es barata; pero era inútil para la India superior, y sobre todo, para una provincia productora de trigo, en la que el hombre necesita tener una gran cabeza y una imaginación viva si quiere llevar al corriente la hoja de balance.

Era asombrosamente limitado para los negocios, y como nuevo en el país, no tenía ni la más ligera idea de que los trabajos de ban-

ca en la India, son radicalmente distintos de los de Inglaterra.

Como la mayor parte de los hombres inteligentes que se han formado por sí mismos, era verdaderamente cándido y muchas veces había visto en la natural cortesía de las cartas en que se le anunciaba un nombramiento, la prueba de que los directores le escogían, teniendo en cuenta que sus singulares aptitudes hacían subir las ganancias.

Esta convicción creció y se cristalizó aumentándose el concepto que de sí mismo tenía, como producto natural de su tierra.

Finalmente, era un hombre enfermizo, con principios de una afección al pecho, y de temperamento débil.

Hay que convenir en que Reggie tenía razón cuando decía que su nuevo contador era un tipo curioso.

Aquellos dos hombres no podían entenderse.

Riley, consideraba al director como un atolondrado, ligero de cascos é idiota, que sólo Dios podía saber hasta dónde había llevado sus desórdenes en los inmundos lugares llamados casinos y le creía, además, completa-

mente nulo para el desempeño de la grave y solemne misión de banquero.

Jamás pudo el contador soportar aquel aspecto juvenil, aquel aire de aparente frivolidad de Reggie, ni pudo tampoco comprender á los amigos del director, militares alegres y buenos mozos que acudían á caballo á los almuerzos del domingo en el Banco, y contaban anécdotas picantes, hasta obligarle á salir de la habitación.

Riley estaba siempre diciendo á Reggie cómo debían tratarse los negocios, y el director de vez en cuando le advertía que siete años de experiencias limitadas por Huddersfield y Beverley, no capacitaban á un hombre para dirigir los negocios de un gran país. Al oír esto el contador se incomodaba y respondía que él era la piedra angular sobre la cual descansaba el Banco y el amigo predilecto de los directores: Reggie se tiraba de los pelos.

Si los ingleses que están á las órdenes de uno en este país no responden á lo que espera de ellos, llega el tal á verse en una situación difícilísima porque el apoyo de los naturales tiene estrictas limitaciones.

En el invierno Riley se pasaba semanas

enteras enfermo con su afección pulmonar, lo que aumentaba el trabajo del director, pero éste lo prefería todo á los rozamientos con el contador cuando el contador estaba bueno.

Uno de los inspectores del Banco, descubrió, al hacer su visita, estos colapsos de Riley y lo puso en conocimiento de los directores; pero el contador debía su destino á un diputado que necesitaba el apoyo de Riley padre, el cual á su vez ansiaba que el hijo viviera en un clima cálido por el estado delicado de sus pulmones, y como el diputado era además accionista del Banco no pasó nada por lo pronto. Mas como quiera que uno de los directores deseaba ascender á cierto empleado suyo, cuando el padre de Riley murió, hizo aquel director ver al Consejo que un contador que estaba malo la mitad del año, debía dejar el puesto á otro de mejor salud.

Si Riley hubiera conocido la verdadera causa de su nombramiento, se habría conducido mejor; pero como no sabía nada, sus luchas con la enfermedad alternaban con la incesante, persistente, inaguantable provocación de Reggie, y con las cien dificultades que la va-

nidad colocada en una posición subalterna puede encontrar.

Reggie, acostumbraba á prodigarle, cuando no podía oírle, los más mortificantes motes como para desquitarse de sus rabietas; pero delante de él jamás decía nada porque pensaba:

«Riley es un animal tan débil que la mitad de su fastidiosísimo amor propio lo produce la enfermedad del pecho».

En Abril el contador se puso muy malo. El médico le auscultó, le dió algunos *golpes* y le dijo que pasado algún tiempo estaría mejor. Después buscó al director y le preguntó:

—¿Sabe usted lo grave que está el contador?

—No; lo peor de lo más malo le confunda. Cuando está bueno no hay quien le aguante. Le dejo á usted llevarse todo el Banco si puede hacer que esté callado durante estos tiempos de calor.

El médico no se rió.

—No se trata de bromas—dijo.—Pasaré tres meses en la cama, y después, semana más ó menos, morirá. Por mi honor y por mi reputación juro que esto es lo único que puede

esperar del mundo: la consunción se ha apoderado de él hasta los mismos tuétanos.

La cara de Reggie, cambió apareciendo la de Mr. Reggie Burke.

—¿Qué puedo hacer?—Preguntó.

—Nada.—Para todo remedio humano el hombre está ya muerto. Que viva tranquilo y contento, y que se le diga que pronto se restablecerá: es cuanto puede hacerse por él. Yo, claro está, le visitaré hasta el fin.

El médico salió y Reggie se sentó á leer el correo de la tarde.

La primera carta que abrió fué una de los directores participándole, que un mes después Riley sería separado de su destino, y que la carta al contador comunicándose lo llegaría en el otro correo.

A la vez le anunciaban la salida del nuevo empleado, que era un hombre á quien Reggie conocía y estimaba.

El director encendió un cigarro y antes que hubiera acabado de fumar, ya había bosquejado los perfiles de una superchería.

Guardó la carta de los directores y fué á hablar con Riley que estuvo tan desagradable como siempre, y mostrándose afligido por lo

que podía ocurrirle al Banco mientras él se viera enfermo.

Jamás pensaba en el aumento de trabajo que sus dolencias arrojaban sobre los hombros de Reggie, sino en lo que aquello podía contrariar sus proyectos de ascender.

Reggie le aseguró que todo marcharía bien y que diariamente conferenciarían respecto á los asuntos del Banco.

Esto tranquilizó un tanto al contador, pero en algunas palabras dió claramente á entender que contaba poco con la capacidad del director para los negocios. Reggie era humilde y calló aunque tenía en sus cajones cartas de los directores, con las cuales un Gilbarte ó un Hardie se hubieran sentido orgullosos.

Los días pasaban en aquel caserón sombrío: la carta de los directores sustituyendo á Riley llegó; Reggie la guardó y todas las noches llevaba los libros á la habitación del contador para darle cuenta de lo que se había hecho: el contador oía y refunfuñaba.

El director hizo cuanto pudo por comunicarle noticias agradables; pero Riley estaba seguro de que sin él el Banco iba derecho á la más espantosa ruina.

En Junio, como la permanencia en el lecho comenzara á preocuparle, preguntó si su ausencia había sido notada por los directores, y Reggie le contestó que sí, y que le habían escrito las cartas más cariñosas hablándole de él y abrigando la esperanza de que pronto podría volver á prestarles sus valiosísimos servicios. Le enseñó esas cartas y el contador gruñó que debían haberle escrito á él directamente.

Algunos días después, Reggie abrió la correspondencia de Riley á la media luz que reinaba en la estancia y le dió el pliego, no el sobre, de una carta que los directores le dirigían.

El contador le manifestó que le estimaría mucho, no anduviera con sus cartas privadas aunque creyese que estaba tan débil que ni podía abrirlas. Reggie pidió que le dispensara.

Entonces el estado de ánimo del contador cambió y empezó á darle consejos respecto á sus malos hábitos, sus caballos y sus *non sanctas* amistades.

—Desgraciadamente, tendido aquí no puedo, Mr. Burke, hacerle á usted andar derecho; pero cuando esté bueno, confío en que prestará alguna atención á mis palabras.

Reggie que había abandonado el polo, las comidas y el tennis por cuidarle, contestó que estaba arrepentido; arregló la cabeza del enfermo en la almohada y oyó sus frases ásperas, contradictorias, secas, entrecortadas, sin el menor signo de impaciencia. ¡Esto, al final de un día de abrumador trabajo, teniendo que desempeñar las funciones de dos y en la última mitad de Junio!

Cuando el nuevo contador llegó, Reggie le participó lo que ocurría y al pobre enfermo le dijo que había recibido un huésped.

Riley, repuso que podía haberle guardado más consideración, no dando hospedaje en aquellas circunstancias á uno de sus *singulares* amigos, y Burke, en vista de esto, hizo que Carron, el nuevo contador, durmiera en el círculo.

Como quiera que Carron le libró de una parte de la carga que pesaba sobre él, pudo Reggie consagrar más tiempo á las imperiosas exigencias de Riley, á darle explicaciones de todo, á tranquilizarle, á arreglar su lecho y á fingir cartas cariñosas de Calcuta.

Al final del primer mes, el enfermo quiso enviar algún dinero á su madre y el director

puso la letra; al terminar el segundo, tuvo igual exigencia y la letra también salió, sólo que el dinero le sacó Reggie de su bolsillo á la vez que seguía inventando cartas cariñosísimas de los directores.

Riley estaba en verdad muy malo, pero la luz de su existencia seguía brillando aunque débilmente, y de vez en cuando se volvía alegre, mostraba confianza en lo porvenir y trazaba planes para ir á Inglaterra y ver á su madre.

Reggie le oía pacientemente, cuando el trabajo le permitía acompañarle, y le animaba.

Otras veces, exigía que Burke le leyera la Biblia y los severos tratados Metodistas.

Aparte estos opúsculos religiosos, discutía varios puntos de moral dirigiéndose á su director, sin que nunca le faltara tiempo para molestarle hablándole de los trabajos del Banco y señalando las deficiencias de éste.

Aquella vida de encierro en la habitación de un enfermo y en tensión constante, consumía mucho á Reggie; excitaba sus nervios y le había hecho perder la mitad de su habilidad en el juego de billar; pero los negocios

del Banco y los de la alcoba de Riley marchaban bien aun cuando el termómetro marcaba 47 grados á la sombra.

En los últimos días del tercer mes, el enfermo decayó mucho y comenzó á comprender la gravedad de su estado; mas aquella presunción, que tanto había desesperado á Reggie, no le dejó ver toda la verdad.

—Si se quiere que vaya tirando, dijo el doctor—hay que proporcionarle algún estimulante que levante su espíritu y le haga amar la vida.

En vista de esto, Riley recibió, contra todas las leyes que regulan los asuntos económicos, un aumento de 25 por 100 en el sueldo, otorgado por... los directores.

Este estimulante mental dió excelentes resultados: el enfermo fué feliz; se volvió alegre, y como ocurre á menudo en enfermedades como la que le consumía, se creyó tanto mejor cuanto más iban debilitándose sus fuerzas.

Logró vivir un mes más, riñendo y enfadándose por los trabajos del Banco; hablando de lo porvenir, oyendo la lectura de la Biblia, dando consejos á Reggie respecto al pecado

y forjando planes para cuando le fuera posible salir.

En los últimos días de Septiembre, en una tarde de calor horrible, se levantó y con voz ahogada y hablando rápidamente dijo:

—Mr. Burke, me muero; lo conozco. Mi pecho es por dentro una caverna y en él no hay nada que aliente. Desde que tengo uso de razón...

Comenzaba á hablar como hablara en su infancia:

—¡No he hecho nada que agobie mi conciencia! Gracias á Dios me he visto libre de todas las formas graves del pecado y aconsejo á usted...

Su voz se apagó y Reggie se precipitó sobre él.

—Envíe usted mi sueldo de Septiembre á mi madre... habría hecho grandes cosas en el Banco si hubiera tenido tiempo... su marcha es mala... ¡yo no tengo la culpa!

Al pronunciar estas últimas palabras se volvió hacia la pared y murió.

Reggie le tapó el rostro con la sábana y se dirigió á la galería, llevando el último estimulante mental en el bolsillo: una carta de

simpatía y sentimiento *escrita* por los directores, que no tuvo tiempo de usar.

—Si llego siquiera diez minutos antes, murmuró—podría haberle dado alientos para vivir un día más.



POR PASAR LA RAYA

Ni el amor repara en castas ni descansa en lecho roto.
Corrí en busca del amor y labré mi perdición.

(*Proverbios indios.*)

EL hombre está obligado, ocurra lo que ocurra, á mantenerse dentro de su propia raza, de su propia pro genie, de su propia casta (1): el blanco con el blanco; el negro con el negro. De ese modo, cualquiera desgracia que sobrevenga no es, en el curso ordinario de las cosas, ni sorprendente, ni extraña, ni inesperada.

Esta es la historia de un hombre que traspasó premeditadamente los límites trazados á la sociedad en que vivía y le costó caro.

(1) Se trata de las castas entre los indios.—(*Nota del traductor.*)